

EL LADO OSCURO

Yo le llevaba la nena a curarle el empacho y la ojeadura, tenía una mano Doña Wasila... la nena lloraba o no me comía, Doña Wasila la curaba y santo remedio, se le abría el estómago y me dormía como un angelito. En el barrio la queríamos mucho, ella no cobraba nada, uno le llevaba unos huevos, una gallinita; el que tenía huerta, unas verduras. Venía gente de categoría que le dejaba plata, ella no quería recibirla pero el marido se la recibía igual. Cuando se murió Don Suárez se le llenó la casa de gente, cantidad de gente había en el velorio. Y de golpe Doña Wasila se envejeció, pobre mujer, viuda con dos hijos chicos todavía. Ahí fue que la gente empezó a ir más, por lástima, ¿vivo? La vieja curaba todo, empacho, mal de ojo, ojeadura, insolación, carnes abiertas, hasta la angina y las verrugas. Todo de palabra, con su cinta, la tijera, agua, sal gruesa y alcohol, nada más que eso usaba. Y a veces hasta le arreglaba los huesos a los muchacho que se lastimaban jugando al fulbo.

Doña Wasila también sabía de tirar cartas y esas cosas. Yo no creo en brujerías pero dicen que hacía "trabajos", a mí me cuesta pensar que haya hecho algo así, si usted la hubiera conocido: era una viejita de esas que se envejecieron de golpe y no cambian más, yo era chica y ella ya era Doña Wasila, tenía al Walter no más, de soltera, después se juntó con Don Suárez y nació la Marisa. El Walter se hizo grande y se fue a trabajar al sur, pero la Marisa era su sombra, siempre le estaba encima, observando todo, silenciosa y con esos ojos tan grandes como lechuza, que daba miedo mire.

Empezó a venir más gente, unos autos se veían... Bajaban mujeres bien arregladas con muchos anillos y perfumadas como una flor. La Marisa las hacía esperar en el saloncito de adelante y recibía las pagas.

Cuando la nena mía se hizo grande no se enfermaba tanto y no se la llevé más. Una lástima haya pasado lo que pasó. Fíjese ahora la Marisa y el Walter, uno a cada lado del cajón y ni se miran, pobre madre, ella que siempre les decía que los hermanos sean unidos. Pa'mí la culpa no fue de ninguno de los dos, sino de la cuñada que llegó de Buenos Aires cuando se murió Don Suárez, la cuñada es aquella gorda, a usted le parece venir al velorio con la jeta tan roja y todos esos aros y collares. Y la hijita... mirelá, tan bonita es esa niñita, debe parecerse al padre, si es que tiene, porque nunca se le ha visto.

Doña Wasila tiraba las cartas con inocencia, como un juego lo hacía, le había enseñado la madre, como todo lo que sabía. Y cuando llegó la cuñada le empezó a llenar la cabeza con que ella tenía un don y tenía que aprovecharlo, que tenía que cobrar bien y en plata, y que en un tiempo se iba a acomodar, y hasta capaz se podía ir de la finca y comprarse una casita en el

pueblo, o en la ciudad. La pobre vieja se dejaba llevar, ella era débil, y sin el marido no sabía qué hacer, y la cuñada era tan parecida a Don Suárez que la convencía fácil.

Doña Wasila te tiraba las cartas y veía todo, si había algo muy malo no te lo decía, pero se le notaba en la cara, a veces se quedaba en trance un rato, dicen que veía espíritus, o santos, yo fui una sola vez, por curiosidad ¿vio?, yo miraba para arriba igual que ella pero lo único que veía fueron las arañas en el techo 'e caña. Barajó las cartas, me dijo que cortara el mazo en tres y que eligiera cual ponía arriba y abajo. Después dio vuelta algunas cartas, unas cartas más raras eran, con unos dibujos que yo no había visto nunca. Me miró fijo un largo rato, después miró pa'l techo, apoyó las dos manos en la mesa, y me volvió a mirar: "Vos sos buena" dijo, "el angelito te cuida siempre, a vos y a tu familia, vos rezá siempre". Cuando salí la Marisa me quiso cobrar, pero Doña Wasila le pegó un grito: "¡No seas estúpida!", y yo me fui sin decirle nada por las dudas.

La Marisa se había hecho una mujerona, ahí la ve usté, alta, las caderas anchas y una pechera como pa' amamantar mellizos. Hace un tiempo apareció un tipo de la ciudad, un tal Guillermo Mineti, y ya se pusieron de novios y se iban a casar, pero parece que la Marisa estaba enamorada del Gringo Lucero, que se había casado hacía poquito. Y el novio se enteró justo a tiempo y la dejó plantada en la iglesia, se imagina el papelón, nunca había pasado eso en el pueblo, no se hablaba de otra cosa. Encima había ido un montón de gente. La novia se había cansado de esperar en el auto y entró a la iglesia echa una fiera, se había desarmado el peinado y los ojos parecía que se le iban a salir, encima que los tiene tan grandes...

La familia del novio, unos copetudos todos, se miraban y murmuraban. En eso llega corriendo el padrino y dice que no se hacía el casamiento. Viera el revuelo que se armó. Doña Wasila saludó al Padre Alfonso y agarró a la hija, y con una sola mirada la amansó. Salieron caminando despacito y el Walter las escoltaba. Los parientes del novio empezaron a hablar mal de la Marisa y de Doña Wasila y de todo el pueblo, al final son unos ricachones re mal educados. El Padre les pidió que no calumnien en la casa del Señor y con una sonrisa los fue arriando pa' la puerta.

Yo me quedé con la Rosarito y otras mujeres a limpiar la iglesia, tantas flores pusimos en el pasillo y habíamos cepillado la alfombra pa' que no se viera tan vieja, de gusto no más. A la Marisa no se la vio por mucho tiempo en la calle, se moría de vergüenza la pobre, nadie se merece eso que le hicieron pero tampoco es pa' que reaccionara así.

Habían pasado como cinco meses desde el plantón, a nosotros nos había ido lindo en la cosecha y nos compramos un autito. Estábamos al fresco en el patio cuando escuchamos unos gritos en lo de Doña Wasila. En eso viene corriendo la hija de la gorda y le dice a mi marido que si por favor puede llevar a la Marisa al doctor. El Negro fue corriendo a ver que pasaba, y nosotras de atrás. Cuando llegamos no sabe la impresión que me dio: la Marisa estaba tirada en

el suelo, la cara pálida, chupada puro ojo, un charco de agua y sangre, y una panza como de embarazada. Y viera como le gritaba a la madre: “¡Fuiste vos!” le decía “¡vos no querés que nazca vivo!”

El Negro que no se impresiona con nada porque está más acostumbrado vio, por los animales y esas cosas, la cargó en el asiento de atrás del auto, Doña Wasila adelante y rajaron pa'l Dotor Guiñazú. El dotorcito no pudo salvarle el crío, se le había muerto adentro, un aborto espontáneo dijo que había sido, que esas cosas suelen pasar y que sé yo cuanto. Al bebé lo enterraron al otro día en el nicho de la familia, ahora va ir su abuela también a acompañarlo, vaya a saber si a la vieja le va a gustar eso.

El Negro anduvo llevando y trayendo a esas mujeres en esos momentos tan feos, las escuchaba murmurar y suspirar, pero no pudo saber bien quién era el padre de la criatura, si ni siquiera sabíamos que estaba embarazada, por eso no se la veía en la calle, imagínese la vergüenza, la dejaron plantada en la iglesia y con prenda.

Y de eso habrán pasado quince días. La Marisa no está presa porque el comisario, que es aquel que está con el uniforme, le tiene ganas, fíjese como la mira, yo no sé si no han tenido algo, porque la mujercita del Gringo la denunció pero el comisario dijo que no había pruebas. Ese favor si no se lo cobró ya se lo va a cobrar, ese hombre no hace favores gratis a nadie.

Resulta que a la Marisa tuvieron que llevarla al hospital para curarla bien, y por esas vueltas que tiene la vida y que este mundo es un pañuelo, se enteró, escuchando a las enfermeras, que la mujercita del Gringo le había dicho al Mineti que su novia le quería quitar el marido, que era una bombachita floja, que estaba embarazada pero no de él, y que si se casaba iba a ser un gorriado toda la vida. Por eso fue que el tipo la dejó plantada. En ese momento la Marisa habrá estado débil y empastillada. Pero en cuanto recuperó juerzas, se ha levantado de la cama y se fue echa una fiera a la casa del Gringo, Doña Wasila la siguió como pudo, si ya estaba renga y achacada la pobre madre, y después las siguió el Walter que justo venía llegando de franco. Cuando la Marisa vio a la mujercita embarazada se enfureció más todavía, “Si el mío se murió el tuyo también se va a morir” le gritó, y la quiso empujar. Doña Wasila se le cruzó al medio. Eso era un griterío terrible, se escuchaba de lejos. La vieja siempre tuvo fuerza en la mirada pa' dominar los hijos, no les decía nada, pero con la mirada entendían, usté no sabe lo que era ver como se miraban esas mujeres, se echaban fuego por los ojos.

Pero esa fue la última vez que se miraron, Doña Wasila le alcanzó a decir “Basta” y a la pobre vieja se le paró el corazón y chau pinela.

A la mujercita del Gringo la tuvieron que internar porque del susto casi pierde de veras al crío. Pero él en vez de estar cuidándola, andaba por acá, hace rato lo vide hablando con la gorda, yo no sé si no le dio plata y otras cosas, andan en algo raro esos dos.